



*Fill*



PHILIP LARKIN

*Traducción del inglés a cargo de  
Marcelo Cohen*



IMPEDIMENTA



La localización temporal y espacial de esta historia —la Universidad de Oxford durante el trimestre de otoño de 1940— es más o menos real, pero los personajes son imaginarios. Como, pese a su longitud, sigue siendo en esencia un relato poco ambicioso, se ha eliminado la división en capítulos en favor de una mera narración con pausas de descanso.

Sentado en el rincón de un compartimento vacío, John Kemp viajaba en un tren que avanzaba por el último tramo de línea antes de Oxford. Eran casi las cuatro de un jueves de mediados de octubre y el aire empezaba a volverse denso, como sucede en otoño antes del atardecer. El cielo había cobrado un aspecto severo, cubierto de nubes opacas. Cuando no se lo impedían los gasómetros, otros vagones o los ennegrecidos puentes de Banbury, John miraba el paisaje, fijándose en las arboledas que desfilaban a toda velocidad. Cada hoja tenía un color particular, desde el ocre más pálido hasta casi el púrpura, de modo que los árboles se distinguían con tanta nitidez como en primavera. Los setos aún estaban verdes, pero las hojas de las enredaderas trenzadas en ellos habían cobrado un amarillo enfermizo y en la distancia parecían flores tardías. Pequeños brazos de río ondulaban por los prados, flanqueados por sauces que cubrían el suelo de hojas. Pasarelas vacías cruzaban las aguas.

Todo permanecía frío y desierto. Los cristales de las ventanas aún llevaban estampada la huella azul del paño de la limpieza, y John desvió su mirada hacia el compartimiento. Era un vagón de tercera, los asientos rojos olían a polvo y locomotora y tabaco, pero el ambiente estaba caldeado. Desde la pared de enfrente lo contemplaban las fotos del castillo de Dartmouth y de Portmadoc. John era un muchacho de dieciocho años, menudo, de rostro pálido, con el suave pelo claro peinado como los niños, de izquierda a derecha. Reclinado en el asiento, estiró las piernas y hundió con fuerza las manos en los bolsillos del barato abrigo marrón. Las solapas se retorcieron y de los botones arrancaron algunas arrugas. Tenía el rostro delgado, y quizá tenso; la expresión de su boca rozaba la rigidez, el ceño levemente fruncido. John carecía de exuberancia, solo el cabello sedoso, suave como un vilano, le daba un aire bello.

Llevaba todo el día viajando y estaba hambriento, pues apenas había comido. Por la mañana, al salir de su casa, en Lancashire, se metió en los bolsillos dos paquetes de bocadillos preparados por su madre la noche anterior, uno de papel blanco con los de huevo, y otro de papel marrón, que contenía los de jamón; ambos estaban firmemente atados con cordel, aunque no aplastados. A la una menos cuarto estaba sentado en un compartimiento lleno, sin esperanza de cambios en los siguientes cincuenta minutos, y, como le daba vergüenza comer delante de desconocidos, se dedicó a observar con ansiedad a los otros pasajeros para ver si alguno daba señales de empezar a comer. No parecía que nadie se dispusiera a hacerlo. Un hombre se abrió paso para ir al comedor, pero los demás —dos ancianas, una joven hermosa y un viejo sacerdote que leía y anotaba un libro— permanecían plácidamente sentados. John no había viajado mucho y, por lo

que sabía, comer en un medio de transporte público era de mala educación. Intentó leer, pero a la una, desesperado, se precipitó hacia el servicio y, tras encerrarse en él, comenzó a zamparse los bocadillos, hasta que un furioso martilleo en la puerta lo obligó a arrojar el resto por la ventanilla, tirar innecesariamente de la ruidosa cadena y volver a su asiento. Su regreso bien habría podido ser la señal convenida, pues la más baja y gorda de las ancianas dijo con tono alegre: «¡Bien!», tomó una bolsa de cuero, de la que extrajo dos servilletas, bocadillos, pastelillos de fruta y un termo, y junto con su compañera se dispuso a despachar las provisiones. Mientras tanto, la joven hermosa había sacado unos toscos bollos de queso envueltos en papel de plata, e incluso el sacerdote, con un pañuelo remetido en el cuello, se llevaba a la boca galletas desmenuzadas. John apenas se atrevía a respirar. Había advertido que las ancianas intercambiaban miradas y, mientras pasaba con gesto abatido las páginas de *Sueño de una noche de verano*, esperó a que llegase lo que era inevitable: el caritativo ofrecimiento de comida. En efecto, cinco minutos después notó un codazo suave y vio que la más baja y gorda de las dos mujeres se inclinaba hacia él con un paquete y una servilleta. Tenía la cara sonrosada y una sonrisa que mostraba los dientes postizos.

—¿Quieres un bocadillo, hijo?

El traqueteo del tren ahogó algunas palabras, pero el ademán era elocuente.

—Mmm... No, gracias... Es muy amable... No, gracias... Yo...

No podía explicarle que había arrojado su almuerzo por la ventanilla del servicio. La mujer seguía tendiéndole el paquete agitándolo con decisión.

—Vamos, hijo... Hay de sobra... Debes de tener hambre.

Llevaba una blusa de color crema bajo la chaqueta beige de viaje y un broche de acero en el cuello. Como John seguía expresando con señas y palabras que declinaba su amable ofrecimiento, la anciana retiró los bocadillos y abrió el bolso.

—No estarás enfermo, ¿verdad? —Una mano rechoncha hurgó en el bolso, entre cartas, llaves, un pañuelo perfumado con lavanda y un frasco de comprimidos—. Si te duele la cabeza, aquí tengo sales aromáticas... Recuéstate...

A esas alturas John aceptó un bocadillo, porque prefería cualquier cosa a que le refrescaran la frente con agua de colonia y lo hicieran sentarse junto a una ventanilla abierta. La joven hermosa lo miraba divertida mientras se chupaba la punta de los dedos, e incluso el sacerdote, que estaba pelando una manzana roja con una navaja de plata, se detuvo para observarlo con expresión jovial. Al final se vio forzado a aceptar no solo tres bocadillos de las ancianas, sino también un trozo de pastel de la joven y un cuarto de la manzana del sacerdote. Masticó con la vista clavada en el suelo sucio, completamente humillado.

De modo que ahora, cuatro horas más tarde, tenía hambre, pero faltaba tan poco para llegar que la inquietud lo disuadió de ponerse a comer. El tren parecía ganar velocidad, como si supiera que se acercaba a su destino, y avanzaba deprisa con un traqueteo regular. John miró por la ventanilla y vio a un hombre que se adentraba en un campo con una escopeta, y a dos caballos junto a un portón; cuando la vía se aproximó al canal, comenzaron a aparecer hileras de casas. Se puso en pie y divisó la ciudad más allá de los solares, los jardines traseros y los rimeros de carbón cubiertos de hojas muertas. Los muros de ladrillo rojo resplandecían con una suave calidez que en otro momento el muchacho habría admirado. Ahora estaba demasiado nervioso. El tren pasó traqueteando junto

a puentes de hierro, campos de coles y una fábrica pintada con enormes letras blancas que John no se molestó en leer; el cielo estaba manchado de humo; el vagón se bamboleó bruscamente al deslizarse sobre un par tras otro de agujas. Un disco de señales. La velocidad pareció aumentar mientras se precipitaban hacia la estación tomando una larga curva flanqueada de material rodante, entre el cual John divisó una vagoneta que había visto cerca de su casa. Luego los aleros del andén, un griterío amortiguado, el paso más lento de los rostros mientras él bajaba del portaequipaje la pesada maleta, el temblor de la frenada y el chorro de vapor.

—Oxford —vociferaba un mozo—. Oxford —repetía recorriendo todo el andén, pues a causa de la guerra habían quitado los carteles con el nombre de la estación.

John se bajó.

No se dio prisa en atravesar el control de billetes y, cuando salió de la estación, ya no quedaban taxis. Parado en la acera, no lamentó retrasarse un poco, pues era la primera vez que iba a vivir en la universidad y sentía tanto miedo que, si hubiera tenido la oportunidad, habría vuelto corriendo a su vida anterior. El hecho de haber trabajado durante años para que llegara ese momento no importaba; si no podía regresar a casa, habría preferido vagar por ahí, acercarse poco a poco al *college*, en cuyo registro figuraba como becario.

Durante ese último momento de vacilación contempló la ciudad, mientras oía cómo a sus espaldas un joven discutía con un mozo por la pérdida de una bolsa de palos de golf. Lo que veía no le pareció demasiado notable; había vallas publicitarias con anuncios de legumbres y del ATS, el cuerpo auxiliar femenino, gente que se empujaba para subir a un

autobús rojo, un pub de ladrillos lustrosos. Un poni tiraba calle abajo de un carro chirriante; el hombre que sostenía las riendas flojas era apenas una figura inclinada en el turbio crepúsculo. John buscó con la mirada *colleges* y edificios antiguos, pero solo logró divisar a lo lejos un par de agujas. Observó a una mujer que compraba verdura a unos cincuenta metros. A su lado, en el bordillo, descansaba la maleta.

Estaba repleta con todas sus posesiones y pesaba muchísimo, motivo por el cual se veía obligado a coger un taxi, cosa que nunca había hecho. Solo había despachado antes el juego de té en una caja. Todo lo demás lo había metido en la maleta, que era como un pequeño baúl con asa. Pesaba tanto que a duras penas podría acarrearla más de veinte metros.

Esperó nerviosamente. El conductor del primer taxi dio marcha atrás sonriendo y apagó el motor mientras John le indicaba la dirección del *college*.

—Lo siento, jefe. Voy a tomar el té.

—Ah.

John regresó a la acera. El segundo taxista aceptó llevarle y, tras un viaje breve y veloz, lo dejó en su destino por dos chelines.

John le entregó media corona y, temiendo que el hombre intentara darle los seis peniques del cambio, franqueó la verja para entrar en los soportales del *college*. Oyó que el taxi se alejaba.

El ruido del tráfico se había atenuado un poco. Reconoció el patio (pues había estado allí una vez) y miró alrededor.

Debo preguntarle al conserje dónde está mi habitación, se dijo para aplacar su creciente azoramiento. Es lo primero que hay que hacer.

Así pues, dejó la maleta y atravesó la puerta de la serie de habitaciones cercanas a la verja que servían de alojamiento al



conserje. Era allí donde se dejaba el correo, y unas cuantas hojas manoseadas con horarios de trenes y guías telefónicas colgaban de una pared para uso de los estudiantes. John recordó al conserje, un hombrecillo irascible con bigotes rojos y corbata militar, y lo vio apoyado contra la pared, conversando con dos jóvenes. Estaba mejor vestido que él.

—A mí no tienes que contármelo. No; a mí no tienes que contármelo. Eso mismo es lo que yo estuve diciendo todo el trimestre anterior.

—De todos modos, nadie se tomará la molestia de hacerlo —repuso lánguidamente uno de los jóvenes—. Al menos nadie que esté en sus cabales.

—Pues te diré una cosa... —empezó el conserje con tono aún más malhumorado, pero al ver a John se interrumpió—. ¿Sí, señor?

John tragó saliva y los dos jóvenes se volvieron para mirarlo.

—Mmm... Acabo de llegar... Mmm... Podría usted... Mmm... mis habitaciones.

—¿Cómo, señor? —preguntó el hombrecillo acercando una oreja—. ¿Cómo dice? —John había enmudecido—. Novato, ¿verdad?

—Sí...

—¿Nombre?

—Mmm... Kemp...

—¿Kent?

El conserje tomó una lista y recorrió los nombres con la uña del pulgar; los dos jóvenes seguían mirando a John como si para ellos no tuviera ninguna importancia especial. Parecieron transcurrir horas hasta que el conserje exclamó:

—¡Kemp! Kemp, ¿verdad? Sí, habitación dos, escalera catorce. Con el señor Warner. Esa es la suya, señor —añadió al ver que John no se movía—. Catorce, dos.

—Mmm... ¿Dónde?

—Patio del Fundador, segundo arco a la izquierda. La escalera catorce está a mano derecha. No hay pérdida.

John retrocedió murmurando las gracias.

¿Quién era el señor Warner?

Eso era algo que había temido, si bien no demasiado, porque había cosas más inmediatas por las que acobardarse.

Había pensado que, una vez que encontrara su habitación, siempre tendría un refugio, un lugar donde retirarse y ocultarse. Al parecer no iba a ser así.

¿Quién era el señor Warner? A lo mejor era un joven callado y estudioso.

La noticia le inquietó tanto que olvidó preguntar al conserje si había llegado la caja con el juego de té, y sin más cogió la maleta y partió en la dirección indicada. El patio era de grava y estaba rodeado de habitaciones por tres lados, con la capilla y el comedor en el cuarto. Las ventanas estaban oscuras y vacías; varios pasajes abovedados, con blasones y volutas, conducían a otras partes del edificio, y de vez en cuando una paloma echaba a volar desde la cornisa cubierta de hiedra escarlata. Resollando por el peso de la maleta, John pasó bajo un arco, donde una placa conmemoraba la guerra anterior, y se encontró en un conjunto de claustros, en medio de los cuales se alzaba la estatua del Fundador, rodeada por una baranda de hierro. Sus pasos retumbaban en la piedra y se puso a andar de puntillas, sin pensar que en pocos días el sonido acabaría resultándole familiar. En ese patio interior el silencio era casi absoluto, solo roto por el sonido lejano de un gramófono. Se preguntó quién era el Fundador y quién era el señor Warner; tal vez un pobre becario, como él.

A la derecha del patio había tres escaleras. La última era la catorce. Los números estaban recién pintados. También

eran recientes los nombres pintados en una lista al pie de cada escalera. John los leyó con temor: Stephenson, Hackett y Cromwell, el Hon. S. A. A. Ransom.

La siguiente era la catorce. Kemp y Warner.

Lo que lo asustó no fue tanto ver la puerta (la habitación número dos estaba en la planta baja) como el hecho de oír risas y ruido de tazas al otro lado. ¡Había gente dentro! Aplicó la oreja a una puerta y luego a la otra, pero era indudable que el ruido salía de la suya. Dejó sigilosamente la maleta en el suelo y ya se disponía a huir —pues habría preferido llamar al timbre de una casa extraña antes que entrometerse allí—, cuando de pronto la puerta se abrió y salió un joven con una tetera en la mano.

John retrocedió.

—Yo... Mmm...

—Hola, ¿me buscabas?

El joven era más alto y fornido que John. Tenía el pelo oscuro, peinado hacia atrás, la mandíbula cuadrada y sin afeitado, la nariz gruesa y los hombros anchos; John sintió una punzada de desconfianza. Vestía un traje de paseo gris oscuro y camisa azul, y en la mano derecha llevaba un anillo de oro de forma cuadrada. Había cierta arrogancia en su porte; estaba muy erguido.

—Mmm... —John hizo un gesto tenso e inexpresivo—. Esta es... Creo que esta... Me llamo Kemp.

—Ah, ¿tú eres Kemp? ¿Cómo estás? Yo soy Warner. Chris Warner.

Se dieron la mano.

—Estamos tomando el té. Dentro hay bastante gente. Me temo que me he apoderado del lugar. —Empezó a llenar la tetera con agua del grifo—. ¿Vienes de la ciudad?

—De Huddlesford —respondió John, sin saber que la «ciudad» era Londres.

—Ah, sí. ¿Bien el viaje?

—Sí...

John se percató avergonzado de que en la habitación habían dejado de hablar y el grupo escuchaba la conversación que tenía lugar fuera.

—Bueno, entra y toma una taza de té, si es que queda, claro. —John siguió al joven—. Amigos, ha llegado el señor Kemp, mi media naranja. Te presento a Elizabeth Dowling, Eddy Makepeace, Patrick Dowling y Hugh Stanning-Smith.

John dirigió una sonrisa a cada cara, obnubilado. Los otros lo miraron y también sonrieron.

La habitación era amplia y bien ventilada, y parecía una leonera. Habían servido el té sobre la alfombrilla de la chimenea y el suelo estaba sembrado de tazas y platos sucios, mientras sobre la mesa se amontonaban trozos de papel de embalaje, migas de media barra de pan, un frasco de mermelada, una pila de libros y otras cosas recién sacadas del baúl abierto que había junto a la ventana. Tras la pantalla de la chimenea ardía un buen fuego. La habitación era más espaciosa que cualquiera de las de la casa de John.

Miró primero a Elizabeth Dowling, porque, además de ser una chica, era la única cuyo nombre había oído bien. Tenía los hombros anchos y facciones armoniosas, y estaba sentada en un extremo del sofá. Llevaba el rostro cuidadosamente empolvado, los labios pintados de rojo y los costados de la dorada cabellera peinados hacia arriba, de manera que formaba un adorno rígido, como una especie de casco. Su mano derecha yacía inmóvil, con un cigarrillo encendido entre los dedos, y vestía un traje de *tweed* a cuadros.

A continuación, miró a Eddy Makepeace, que llevaba una corbata de seda amarilla con un alfiler en forma de herradura. Su cara, juvenil y salpicada de granos, expresaba

gran seguridad en sí mismo y estupidez, y tenía los ojos saltones.

Patrick Dowling, cuyo leve parecido con Elizabeth indicaba que eran parientes, estaba reclinado con actitud taimada y miraba a John con un descaro desagradable. Hugh Stanning-Smith tenía la voz suave y los dedos blancos.

—Eres insufrible, Chris —dijo Elizabeth, irritada—. Mira que llenarla tanto... Tardará horas en hervir... Horas y horas... Y me muero por otra taza.

John se la quedó mirando, pues nunca había oído ese arrullo autoparódico del sur, y sintió que se encontraba en un ambiente extraño.

—Creo... —murmuró, mientras buscaba una excusa para irse—. Creo que...

—Come un poco de pastel. —Christopher puso brusca-mente un buen trozo en un plato y se lo tendió—. Anda, quítate el abrigo y siéntate —añadió con amabilidad—. Pat, levántate y deja el sillón al caballero.

—No te preocupes —se apresuró a decir John, a quien no le faltaban ganas de tomar asiento—. Me he pasado el día sentado.

—Pat también —gorjeó Elizabeth—. Es un holgazán.

—Y piensa pasarse toda la noche sentado.

Patrick soltó una risotada desconcertante y repentina, y luego se metió un trozo de pastel en la boca. Como nadie hacía ademán de levantarse, John se quitó el abrigo y se apoyó contra la pared.

—¿Vienes de muy lejos?

Elizabeth había pronunciado cada palabra con suma claridad, como si hablara con un extranjero, y alzó la vista hacia John. Este le miró los labios y se dio cuenta de que en realidad eran mucho más finos de lo que parecían con el carmín.

—De Huddlesford.

—Mmm. Un buen trecho.

Como John no añadió nada más, la conversación se apartó de él.

—Chris, ¿qué estabas diciendo de Julian? —preguntó Eddy removiéndose con fastidio en su sillón—. ¿Se ha alistado como voluntario?

—Sí, en transmisiones.

—Ah, claro. Ya me parecía que por algo debía de ser.

—No lo dudes.

—¿Por qué? ¿En transmisiones no hay peligro? —preguntó Elizabeth con aire inteligente, mientras dejaba caer la ceniza del cigarrillo en su platillo—. ¿Es eso lo que queréis decir?

—No puede haberlo si Julian...

—¿Es ese que nos encontramos en la ciudad, Chris? —Elizabeth se volvió hacia Christopher Warner. Este, que amontonaba descuidadamente los platos, puesto que la merienda más o menos había acabado, asintió con la cabeza—. En el Cinderella, ¿no?, a la salida del teatro.

—Lo que Lizzie quiere decir —intervino Patrick con sarcasmo— es que Julian...

—¡Cállate! —Elizabeth hizo ademán de arrojarle un cojín y frunció los labios—. Eres un marrano.

Por un segundo su mirada se cruzó con la de John, y bajó la vista al regazo. Por lo demás, el ambiente en la habitación era casi el mismo que antes de que él entrara.

John había terminado el pastel y no se atrevía a pedir más, de modo que se dedicó a mirar la estancia. Era grande, de diseño admirable, pero descuidada en los detalles. Las ventanas de un lado daban al patio del Fundador (se veía la estatua) y las del otro, como más tarde descubriría, al jardín del Rector; de ellas colgaban largas cortinas hasta el suelo. Las

paredes estaban revestidas de paneles y pintadas de color crema; a los lados de la chimenea había sendas estanterías y el mobiliario consistía en una mesa, un escritorio, dos sillones y un sofá.

Las pertenencias de Christopher estaban desparramadas por doquier. Además de libros y ropa, había sacado al azar otros objetos del baúl y los había dejado en cualquier parte: un frasco de loción capilar, una raqueta de *squash*, un montón de revistas ilustradas. Había varios cuadros apoyados contra la pared y, detrás del sillón de Eddy, otra maleta, abierta y casi vacía.

A pesar del gran fuego y el cómodo mobiliario, no era una sala acogedora. John se imaginó leyendo un libro de ensayos junto al hogar, mientras fuera nevaba, pero las ventanas eran enormes, se filtraba el aire y la habitación nunca acababa de calentarse.

Los cinco estaban arrellanados en torno a la lumbre, mientras John permanecía de pie detrás de ellos, junto a la pared. Cuando volvió a prestarles atención, se dio cuenta de que, contrariamente a lo que creía, no se habían olvidado de él. Mientras su mirada perpleja pasaba de una cara a otra, cada uno desviaba rápidamente la vista; de hecho, el tal Eddy había estado mirándolo con una sonrisa avelada. John se sonrojó; sí bien consideraba natural que no le hicieran el menor caso, no podía creer que estuvieran señalándolo y riéndose entre ellos. Sin embargo al parecer era lo que estaban haciendo.

—¡Deprisa, tetera! —exclamó Elizabeth, impaciente.

John la miró con suspicacia, pero ella, con los párpados bajos, se limitó a cruzar las piernas y estirarse la falda. ¿Acaso imaginaba cosas? Todos tenían un aire despreocupado. Christopher Warner —John había empezado a estudiarlo más que a los otros, porque sabía que ya estaba unido a él— estaba

sentado junto a la chimenea, con la vista clavada en la alfombra, y de vez en cuando miraba a Eddy de reojo. El silencio en la conversación se ensanchaba segundo a segundo. ¿Qué sucedía?

Con cautela, sintiendo una incipiente aprensión aturdidora como el inicio de un mareo, se miró de arriba abajo y, tras comprobar que tenía los pantalones abotonados y que no había nada anormal en su aspecto, se ruborizó aún más e intentó erguirse en una postura marcial. Luego pensó que era una tontería, y cruzando las piernas y desviando la vista hacia la ventana adoptó un aire de indiferencia. Eddy Makepeace se aclaró la garganta con un sonido agudo y artificial. Elizabeth sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz con cuidado, como para no estropearse el maquillaje. Christopher tendió su pitillera de plata y dijo con una sonrisa nerviosa:

—¿Alguien quiere un cigarrillo?

Sus palabras quedaron ahogadas por el rumor de la tetera, pues el agua ya hervía, y Christopher se apresuró a retirarla usando un pañuelo. Todo el mundo cogió su taza y se estiró o cambió de postura.

—Caramba, ha tardado siglos —exclamó Elizabeth intentando disimular el silencio que acababa de romperse, y tendió su taza con gesto infantil—. A mí, Chris, a mí. Anda, sírveme.

—Primero las visitas —repuso Christopher Warner llenando una taza para John—. ¿Le pones azúcar? —Se interrumpió para cambiar la tetera de mano—. Maldita sea, cómo quema.

—Mmm... sí, gracias. —Aún rabiosamente rojo, John se devanaba los sesos buscando algo que decir—. Sabes... Mmm... Fíjate qué curioso, creo que los dos hemos traído la misma clase de tazas.



Lo interrumpió una risotada tan estrepitosa y repentina que dio un respingo y miró alrededor, asustado. Todos se reían de lo lindo. Elizabeth volvió a coger el pañuelo y, llevandoselo a los ojos, empezó a desternillarse de risa. Eddy Makepeace dejaba escapar breves carcajadas como ladridos, que resultaban irritantes porque sonaban forzadas. Hugh Stanning-Smith contenía la risita con educación y Patrick Dowling miraba a John de reojo con una mueca burlona y taimada.

—¿Qué... qué ocurre? —exclamó John, a quien la sorpresa hizo comportarse por primera vez con naturalidad.

Más carcajadas. Su perplejidad provocó un nuevo ataque de risa aún más grosero que el primero, como si un humorista, después de contar un chiste, hubiese procedido a sentarse sobre el sombrero.

—Dios mío —exclamó por fin Christopher Warner casi sin aliento, quitando el pañuelo del asa de la tetera para secarse los ojos—. ¡Señor! Querido amigo, estos son tus cacharos. —La cara se le retorció en otro espasmo de risa, y unos borbotones se transformaron en tos—. Dios mío, voy a derramar... —Dejó la tetera y un poco de líquido cayó al mantel desde el pitorro—. Oye, tienes que perdonarnos. No tengo vajilla. Me temo que hemos abierto tu caja y estrenado tus cosas... Oye, espero que no te moleste...

John comprendió enseguida. Como todos los que iban a entrar en Oxford, había recibido una carta de la administración con una lista de los artículos domésticos que debía llevar a la residencia: dos juegos de sábanas, un servicio de té, vinagreras, etc. Tres semanas atrás su madre había insistido en que pasaran una tarde comprándolo todo; había sido una excursión conmovedora, que, pensaba John, había significado mucho más para ella que para él. Como colofón habían tomado el té en el café de un cine, con pastelitos y todo.

La mayoría de las cosas que habían comprado estaban sucias y diseminadas por la habitación; a John le asombraba haber tardado tanto en reconocerlas. La caja (ahora la veía) estaba detrás del baúl de Christopher; la habían roto al abrirla sin el menor cuidado, de modo que no podría volver a usarla como pensaba. Así pues, aquellos eran sus platos y tazas; su filtro de café (atascado con hojas de té); su resplandeciente tetera, ennegrecida por el fuego; su cuchillo para el pan, su azucarera.

—Dios mío, creí que no iba a caer nunca —barbotó Eddy Makepeace secándose sus ojos saltones—. Demonios, qué gracioso.

Elizabeth Dowling volvió a prorrumpir en carcajadas.

—Y la cortesía exquisita con que... —Tragó saliva para ahogar la risa—. Ha sacado el tema con tanta delicadeza... Dios, ¡Dios mío!

John tomó un sorbo de té, que estaba caliente y le quemó la boca. Se daba perfecta cuenta de que se referían a él en tercera persona, pero el juego expresaba su estado de ánimo. Mientras seguía atrapado en esas risas, solo quería huir como pudiera y esconderse.

—Oye, amigo, no te habrás enfadado, ¿verdad? —preguntó Christopher Warner con un tono de ansiedad que parecía halagador.

—No... Claro que no...

—Caray, si no hay por qué enfadarse —dijo burlonamente Patrick Dowling—. Ha sido la mar de divertido. Debe de haber pensado que tenía visiones.

—¿De verdad no tienes nada, Chris? Eres terrible. Yo me pasé días y días en Harrod's decidiendo colores, diseños y esas cosas. Si alguien se atreviera a romperme... Vamos, te aseguro que lo...